

Nacionalismo occidental y nacionalismo oriental. ¿Hay alguna diferencia relevante entre ambos?

Benedict Anderson

Sugerencia de cita / Suggested citation: Anderson, B. (2016). Nacionalismo occidental y nacionalismo oriental. ¿Hay alguna diferencia relevante entre ambos? *Debats. Revista de cultura, poder y sociedad*, 130 (1). 65-72

Por suerte, ya no se oye hablar mucho de valores asiáticos. Estos «valores» eran demasiado descaradamente retóricos, eufemismos de algunos gobernantes para justificar gobiernos autoritarios, nepotismo y corrupción. De todos modos, la crisis económica de 1997 supuso un fuerte golpe a sus pretensiones de haber encontrado una vía rápida de crecimiento económico y de prosperidad. Pero la idea de que hay una forma asiática diferenciada de nacionalismo no solo sigue muy presente, sino que, además, tiene unas raíces que se remontan a hace más de un siglo.¹ Resulta bastante claro que sus orígenes últimos provienen de la evidente insistencia de un imperialismo europeo racista que proclama que «Oriente es Oriente, y Occidente Occidente, y nunca se llegarán a encontrar». Pero esta insistencia en una dicotomía racial irremediable empezó a ser utilizada, a principios del siglo XX, por toda una serie de nacionalistas de varias partes de Asia con el fin de movilizar la resistencia popular contra una dominación que se había convertido en totalmente ajena. ¿Es una dicotomía tan radical realmente justificable, desde un punto de vista teórico o empírico?

Personalmente, no creo que las distinciones más importantes entre los nacionalismos, en el pasado, hoy, o en el futuro inmediato, se planteen en términos de Oriente-Occidente. Los nacionalismos más antiguos en Asia —me refiero a la India, Filipinas y Japón— son más antiguos que muchos de los nacionalismos de Europa, y de las colonias

europeas fuera del continente —Córcega, Escocia, Nueva Zelanda, Estonia, Australia, Euskadi, etc.—. El nacionalismo filipino, en sus orígenes, se parece, por razones obvias, al nacionalismo de Cuba y de Latinoamérica continental. El nacionalismo Meiji tiene claras semejanzas con los nacionalismos oficiales de finales del siglo XIX que encontramos en Turquía, en la Rusia de los zares y en la Gran Bretaña imperial; el nacionalismo de la India es análogo en su forma al que podemos encontrar en Irlanda y en Egipto. Habría que añadir también que lo que la gente considera Oriente y Occidente ha cambiado sustancialmente a lo largo del tiempo. Durante bastante más de un siglo, la Turquía otomana era llamada en inglés el Hombre Enfermo de Europa, a pesar de la orientación religiosa islámica de su población, y hoy Turquía está haciendo muchos esfuerzos para entrar en la Unión Europea. En Europa, que se consideraba a sí misma completamente cristiana —si dejamos de lado la Albania musulmana—, el número de musulmanes crece rápidamente día tras día. Rusia fue considerada durante mucho tiempo como una potencia asiática, y todavía hay mucha gente en Europa que la ve así. Podríamos añadir que en el mismo Japón hay mucha gente que se ve a sí misma como blanca. Y, además, ¿dónde comienza y dónde termina Oriente? Egipto está en África, pero antes se encontraba dentro de Oriente Próximo, y ahora, con el final de Oriente Próximo, se ha convertido en parte de Oriente Medio. Papúa-Nueva Guinea es tan Extremo Oriente de Europa como lo es Japón, pero no se considera a sí misma de esta manera. El pequeño y valiente nuevo Estado de Timor Oriental está intentando decidir si será parte del Sudeste Asiático o de una Oceanía

1. El texto corresponde a un discurso realizado en Taipei en abril del 2000.

que, desde algunos puntos de vista —por ejemplo, Lima y Los Anelles—, podría ser considerada como Extremo Oriente.

A estos problemas, se ha añadido más confusión con las migraciones masivas de poblaciones hacia el otro lado de las fronteras que se suponen fijas de Europa y Asia. Desde la apertura de los puertos de China con el Tratado de Nankín en 1842, millones de personas del Reino Celestial comenzaron a trasladarse a otros países —al Sudeste Asiático, Australia, California— y, más tarde, a todo el mundo. El imperialismo llevó hindúes a África, al Sudeste Asiático, a Oceanía y al Caribe; javaneses a América Latina, Sudáfrica y Oceanía; e irlandeses a Australia. Los japoneses fueron a Brasil, los filipinos a España, etc. La Guerra Fría y sus secuelas aceleraron estos flujos, incluyendo coreanos, vietnamitas, laosianos, tailandeses, malayos, tamiles y otros. Como consecuencia, se construyeron iglesias en Corea, China y Japón, mezquitas en Manchester, Marsella y Washington D. C., y en Dakar. Todo hace pensar que estos flujos continuarán y quizás se acelerarán. Incluso, Japón, que había sido tan cerrado, tiene ahora más residentes extranjeros que nunca antes en toda su historia, y su perfil demográfico hará que resulte esencial acoger más inmigrantes para poder mantener su nivel de desarrollo y prosperidad.

¿Qué va a derivarse, de estas migraciones? ¿Qué identidades se están creando y se crearán? Son preguntas bastante complejas, y aún, en buena medida, imposibles de contestar. Quizás les divertirá si explico una anécdota personal sobre este tema.

Hace aproximadamente cuatro años, ofrecí un seminario sobre nacionalismo en la Universidad de Yale, y al empezar, pedí a cada uno de los estudiantes que me dijeran cuál era su identidad nacional, aunque fuera de manera solo provisional. Hubo tres estudiantes en la clase que, a mis ojos, parecían «chinos», por sus rasgos faciales y por el color de su piel. Sus respuestas me sorprendieron tanto a mí como a todos los presentes. El primero de ellos, hablando con un acento completamente norteamericano de la costa oeste, dijo convencido que él era «chino»,

aunque resultó que había nacido en Estados Unidos y nunca había estado en China. El segundo dijo que estaba intentando ser «taiwanés». Era de una familia que se había trasladado a Taiwán con Chiang Kai-shek en 1949, pero había nacido en Taiwán, y se identificaba con este lugar: por lo tanto, no-«chino». El tercero dijo enojado: «¡Soy singapurense, caray! ¡Estoy tan cansado de los americanos que piensan que soy chino!». Así pues, resultó que el único chino era el americano.

NACIONALISMOS CRIOLLOS

Si, como he argumentado, las distinciones entre Oriente y Occidente, Europa y Asia, no son los ejes más realistas o interesantes alrededor de los que pensar sobre el nacionalismo, entonces ¿cuáles serían las alternativas más productivas? Uno de los argumentos centrales de mi libro *Comunidades imaginadas* es que los nacionalismos, sean del tipo que sean, no se pueden entender sin una referencia a las formas políticas anteriores bajo las que emergieron: los reinos y, especialmente, los imperios premodernos o de la primera época moderna. La forma más antigua de nacionalismo —que he denominado *nacionalismo criollo*— surgió de la gran expansión de algunos de estos imperios intercontinentales, a menudo, pero no siempre, muy lejanos. Fue iniciado por las poblaciones de colonos que provenían del país colonizador, que compartían religión, lengua y costumbres con la metrópoli, pero que cada vez se sentían más alienados y oprimidos por ella. Los Estados Unidos y los diversos Estados de América Latina que se independizaron entre 1776 y 1830 son los ejemplos conocidos de este tipo de nacionalismo. Una de las justificaciones, más tarde o temprano, de este tipo de nacionalismos criollos fue también su historia distintiva y, especialmente, la fusión demográfica de pueblos colonos e indígenas y, evidentemente, de las tradiciones locales, geográficas, climas, etc.

Estos nacionalismos criollos todavía están bastante vivos, y podríamos decir, incluso, que todavía se extienden. El nacionalismo de los colonos franceses

de Quebec ha aumentado desde finales de los años cincuenta e, incluso, está a punto de separarse de Canadá. En mi país, Irlanda, la cuestión «de los colonos» en el norte aún es un tema candente y ha impedido la completa integración del país hasta este momento. En el sur, algunos de los primeros nacionalistas, los Jóvenes Irlandeses de la rebelión de 1798, provenían de familias de colonos o, como mis propios antepasados, que participaron en la rebelión de familias mixtas de colonos y de indígenas, de origen céltico-católico. Los australianos y los neozelandeses están ahora con nacionalismos criollos, intentando diferenciarse del Reino Unido e incorporando elementos de las tradiciones y simbolismos aborígenes y maoríes. (Hasta aquí, con respecto a Occidente, esto parece). Me gustaría sugerir, corriendo el riesgo, sin embargo, de ofender, que algunos de los rasgos del nacionalismo taiwanés también son claramente criollos, si bien de una manera diferente que los del nacionalismo de Singapur.

Los elementos constituyentes del núcleo de estos nacionalismos son los colonos «de la metrópoli» de las regiones costeras del sureste del Reino Celestial, algunos de ellos fugitivos del Estado imperial, otros enviados por este Estado. Estos colonos se impusieron, a veces de manera pacífica e integrada, otras veces, con violencia, a las poblaciones preexistentes, de una manera que nos hace pensar en Nueva Zelanda, Brasil, Venezuela y la Sudáfrica de los bóers. Aunque compartían, en grados diversos, religión, cultura y lengua con la metrópoli, estos países criollos también desarrollaron, a lo largo del tiempo, tradiciones, simbolismos y experiencias históricas y, finalmente, se movieron hacia la independencia política cuando sintieron que el centro imperial les era demasiado opresivo o lejano. No deberíamos permitirnos exagerar la significación única de los cincuenta años de Taiwán bajo el dominio imperialista de Japón. Después de todo, los colonos franceses de Quebec sufrieron casi doscientos años bajo el dominio británico, y los holandeses en Sudáfrica, también, durante medio siglo. Tampoco es fácil argumentar que la cultura imperialista japonesa fue significativamente más ajena a la cultura «china» de lo que lo fue la cultura británica

imperialista hacia los «franceses» y «holandeses» del otro lado del mar.

Tampoco se puede establecer una distinción clara entre europeos racistas o criollos occidentales y el resto. Los Estados Unidos, Sudáfrica y Argentina fueron extremadamente racistas, pero sería difícil decir que los quebequenses fueron más racistas que los chinos del sureste emigrados a Taiwán o los japoneses emigrados a Brasil. Si este argumento es correcto, entonces tenemos una forma criolla de nacionalismo que aparece en los siglos XVIII, XIX, XX y, seguramente, también en el siglo XXI, en las Américas, en Europa, en África, en Australia, así como también en Asia. Un fenómeno global. Con un efecto secundario inesperado: hay muchas naciones hoy que comparten (con sus variaciones) las lenguas castellana, francesa, inglesa o portuguesa, sin que ninguna de ellas imagine que «poseen» esta lengua. Está bien pensar que esto pronto ocurrirá con la lengua «china».

Una segunda forma de nacionalismo, discutida extensamente en *Comunidades imaginadas* y que parece relevante aquí, es la que he llamado, siguiendo a Hugh Seton-Watson, el *nacionalismo oficial*. Esta forma de nacionalismo apareció históricamente como una respuesta reaccionaria a los nacionalismos populares antes mencionados, dirigidos contra los gobernantes, aristócratas y centros imperiales. El ejemplo más famoso nos lo da la Rusia imperial, donde los zares gobernaron sobre cientos de grupos étnicos y comunidades religiosas, mientras que en sus propios círculos hablaban francés —una señal de su civilizada diferencia entre ellos y sus súbditos—. Era como si solo los agricultores hablaran ruso. Pero, a medida que los nacionalismos populares se extendieron por todo el imperio durante el siglo XIX (ucraniano, finés, georgiano, etc.), los zares decidieron que, al fin y al cabo, eran rusos, y en la década de 1880 —hace solo 220 años— iniciaron una política de rusificación fatal de sus súbditos, haciendo, por decirlo de algún modo, a los zares y sus súbditos miembros de un mismo pueblo, que era exactamente lo que habían evitado antes. Asimismo, Londres intentó anglicanizar

Irlanda (con bastante éxito), la Alemania imperial intentó germanizar su parte de Polonia (con muy poco éxito) y la Francia imperial impuso el francés en la Córcega italo hablante (con éxito parcial). En cada uno de estos casos, citándome a mí mismo, hubo un esfuerzo considerable para extender la piel corta y ajustada de la nación sobre el gran cuerpo del viejo imperio.

¿Podemos decir que esta forma de nacionalismo era únicamente occidental o europeo? No creo que esto sea posible. Podemos, por ejemplo, considerar el extraño caso de Japón, recientemente discutido en un interesante libro de Tessa Morris-Suzuki (1998). Esta autora ilustra con gran detalle la brusca transformación impulsada por la restauración Meiji en el modo de considerar y ver a los habitantes de las islas Ainu y Ryukyu. Durante mucho tiempo, la política del *shogunato* Tokugawa había sido la de prohibir a los ainu vestirse como los japoneses de Tokugawa o adoptar sus costumbres y tradiciones. De manera similar, a los enviados de los ryukyus que rendían tributo a Edo se les instaba a vestir de la forma más exóticamente china posible. En ambos ejemplos, la idea básica era la de separar estos pueblos periféricos (barbáricos) lo más posible del centro imperial. Pero, con el auge del nacionalismo Meiji oficial, se revirtió totalmente esta política: ainu y ryukyu fueron a partir de entonces considerados tipos primitivos y antiguos de la misma raza japonesa que los oligarcas Meiji. Se pasó a hacer todos los esfuerzos posibles para persuadirlos o coaccionarlos (con éxito variable) para que se convirtieran en lo más japoneses posible. Se podría argumentar que la política imperial posterior en Corea y en Taiwán siguió la misma lógica. Los coreanos debían tomar nombres japoneses y hablar japonés, y los taiwaneses, como hermanos pequeños, tal vez deberían hacer lo mismo. Finalmente, se convertirían en japoneses. Del mismo modo les ocurrió a los irlandeses en el Reino Unido hasta el año 1923, y a los polacos en Alemania hasta 1920.

El caso, sin embargo, más espectacular e irónico con diferencia es el del Imperio Celestial, gobernado desde 1644 hasta su colapso, hace menos de noventa

años, por una dinastía manchú, que también hablaba manchú. (Naturalmente, no hay nada de extraño en ello. No ha habido una dinastía inglesa en Gran Bretaña desde el siglo XI: los dos primeros reyes de la familia real actual, los alemanes Jorge I y Jorge II, casi no hablaban inglés, y a nadie le importaba). Es una clara señal de la novedad del nacionalismo chino que esta curiosa situación molestaba a muy poca gente hasta hace ciento diez años. No hubo ningún intento de «manchuficar» a la población o incluso el mandarinato, porque el prestigio de los reyes se basaba, al igual que en otros lugares, en la diferencia y no en la semejanza. La emperatriz Dowager intentó, hacia el final, explotar la hostilidad popular hacia los imperialistas occidentales en nombre de la tradición china, pero ya era demasiado tarde; la dinastía desapareció en 1911 y, hasta cierto punto, los manchúes también. El escritor chino más popular de China hoy en día, Wang Shuo, es manchú, pero no publicita mucho este hecho.

Cuando el nacionalismo chino finalmente surgió, fue bastante tarde en la historia mundial. Esto fue lo que permitió al maravilloso Li Ta-chao escribir un famoso artículo sobre China en su primavera, como un fenómeno totalmente joven y nuevo. Pero apareció en una situación muy peculiar, para la que hay pocas comparaciones mundiales. China fue profundamente penetrada por los diversos imperialismos de la época, incluso el japonés, pero no fue realmente colonizada. Había demasiados imperialismos compitiendo unos con otros entonces, e incluso Gran Bretaña, que tenía problemas engullendo la enormidad de la India, palidecía ante la idea de engullir a una China imperial aún mayor. (La comparación más cercana es, quizás, Etiopía imperial). Además, en la medida en que podamos considerar que China imperial tenía fronteras reales, las compartía con un débil zarismo rusificante que se encontraba en sus últimos tiempos. La victoria naval japonesa sobre la flota zarista se produjo solo seis años antes de que cayera la dinastía manchú, y doce años antes de que el zarismo llegara a un final sangriento. Todo ello animó a la mayoría de los nacionalistas chinos de la primera generación a imaginar que el imperio podía transformarse en

nación, sin demasiado problema. Este era el sueño también de Enver Pasha en Estambul en la misma época, del coronel Mengistu Mariam en Addis Abeba tres generaciones más tarde, y del coronel Putin en el Moscú de hoy. Todos ellos combinaban, pues, sin pensarlo demasiado, el nacionalismo popular del movimiento antiimperialista con el nacionalismo oficial de finales del siglo XIX, y sabemos que este último era un nacionalismo que emanaba del Estado, no de la gente, y pensado en términos de control territorial y no de liberación popular. Esto explicaría el extraño espectáculo de alguien como Sun Yatsen, un nacionalista popular auténtico, también haciendo demandas absurdas de territorios en diversas partes del Sudeste Asiático y de Asia Central, basadas en conquistas territoriales, reales o imaginarias, de gobernantes dinásticos, muchos de ellos no chinos, contra los que se supone que luchaba su nacionalismo popular. Tanto el Kuomintang como el Partido Comunista Chino hicieron suya esta herencia, en diversas proporciones y en varios momentos.

Por otra parte, el antiguo Imperio Celestial tampoco era tan único como acabo de decir. En diferentes grados, sus herederos llegaron a aceptar, en varios momentos, las líneas divisorias y los Estados nuevos que el imperialismo y el nacionalismo anticolonial iban forjando. Por lo menos, en la periferia: Mongolia, Corea, Vietnam, Birmania, India y Pakistán. Esta aceptación también derivaba de la nueva idea de que los chinos constituían una nación y, como tal, en los aspectos básicos se veía representada, al igual que las docenas de otras naciones, en las Naciones Unidas y en su predecesora, la Liga de Naciones. Los historiadores taiwaneses también han mostrado que, en varios momentos entre 1895 y 1945, los grupos gobernantes en el continente aceptaron, de hecho, el estatus de Taiwán como colonia japonesa, y apoyaron la lucha del pueblo taiwanés por su independencia de Japón, tal como hicieron a veces con el pueblo de Corea. Las contradicciones entre el nacionalismo popular y el nacionalismo oficial, que son tan evidentes en el continente hoy en día, son, como he dicho antes, no únicas. Las podemos encontrar en otras partes del mundo. Pero son especialmente importantes hoy por

las dimensiones de China, su enorme población y un gobierno que, habiendo abandonado a la práctica el socialismo que justificaba la dictadura, muestra muchos signos de encaminarse hacia el nacionalismo oficial para renovar la legitimación de su poder.

ESPECTÁCULOS DEL PASADO Y EL FUTURO

Hay otro rasgo más del nacionalismo oficial que, en todo el planeta, lo distingue de otras formas de nacionalismo. Probablemente, podemos decir que todas las sociedades organizadas de tiempos anteriores dependían (en parte), por su cohesión de visiones, del pasado, que no eran muy antagónicas las unas de las otras. Estas visiones se transmitían a través de la tradición oral, la poesía popular, las enseñanzas religiosas, las crónicas de la corte, etc. Lo que es muy difícil de encontrar en estas tradiciones es una preocupación intensa sobre el futuro. Pero, cuando el nacionalismo entró en el mundo, a finales del siglo XVIII, todo esto cambió radicalmente. La velocidad creciente con la que se producían cambios sociales, culturales, económicos y políticos, impulsados por la Revolución Industrial y los sistemas de comunicación modernos, hicieron de la nación la primera forma político-moral basada firmemente en la idea de progreso. Esto explica también que el concepto de *genocidio* no se inventara hasta hace poco, aunque hay registros antiguos que indican los nombres de miles de grupos que han ido desapareciendo sin hacer ruido a lo largo de la historia sin que casi nadie se diera cuenta o se preocupara. La velocidad del cambio y el poder del futuro también tuvieron el efecto de alterar las ideas de la gente sobre el pasado.

En *Comunidades imaginadas* he intentado iluminar las características de este cambio comparándolo con las dificultades con las que nos encontramos cuando nos muestran fotografías de nosotros mismos cuando éramos bebés; estas dificultades que solo crea la memoria industrial, en forma de fotografías. Nuestros padres nos aseguran que estos bebés somos nosotros, pero nosotros no tenemos ningún recuerdo de haber sido fotografiados, no podemos imaginarnos

cómo éramos cuando teníamos un año, y no nos podríamos reconocer sin la ayuda de nuestros padres. Lo que ha pasado realmente es que, aunque haya numerosos indicios del pasado a nuestro alrededor — monumentos, templos, documentos escritos, tumbas, artefactos, etc.—, este pasado nos resulta cada vez más inaccesible, externo a nosotros. Pero, al mismo tiempo, por todo tipo de razones, sentimos que lo necesitamos, aunque solo sea como algún tipo de ancla donde agarrarnos. Pero esto quiere decir que nuestra relación con el pasado es hoy mucho más política, ideológica, contestada, fragmentaria e, incluso, oportunista que en épocas anteriores.

Este es un fenómeno mundial, básico al nacionalismo. Pero China continental, de nuevo, nos ofrece ejemplos interesantísimos, y continuará haciéndolo. Una vez al año, el gobierno pone en escena un espectáculo televisivo enorme, que dura muchas horas y que es muy popular, que muestra a los diversos pueblos que constituyen la población de la República Popular China. Lo que llama la atención de esta larga muestra es una clara distinción entre el gran pueblo Han y las diversas minorías. Las minorías son presentadas llevando sus trajes tradicionales más coloridos y, realmente, lucen mucho. Pero los Han no pueden aparecer en trajes tradicionales, aunque sabemos, gracias a pinturas y otros documentos, cómo de coloridos y bonitos eran. Así pues, los hombres aparecen en trajes de hombres de negocios, siguiendo modelos italianos y franceses, que no tienen nada de Han. Los Han son presentados como el futuro, y las minorías, como el pasado, en un cuadro que es claramente político, aunque no totalmente de manera consciente. Este pasado, cuyas minorías son el signo visible, es también parte de un gran pasado a través del cual se legitima la expansión territorial china. Es, por tanto, un pasado chino.

Naturalmente, en esta línea de discurso oficial, cuanto más antiguo sea el pasado, mejor. Podemos dar una mirada de soslayo curiosa a este fenómeno si consideramos aspectos de la arqueología que promueve el Estado. Un aspecto especialmente extraño ha surgido a la reacción a la teoría ampliamente aceptada de que

las especies distintivamente humanas emergieron en lo que es hoy África oriental. Evidentemente, no es una idea agradable a los círculos oficiales que los antepasados primigenios del gran pueblo Han, al igual que los de otros pueblos, provengan de África y no de China, y que no se les pueda considerar chinos. Por tanto, se ha asignado una gran cantidad de recursos económicos a buscar restos físicos, dentro de las fronteras de la China actual, que sean más antiguos y, a la vez, diferentes de todo lo encontrado en África. Mi intención aquí no es ridiculizar a Pekín, aunque eso sería bastante fácil, sino remarcar su comparabilidad. La manera más fácil de mostrar esto es decir que, cuando yo era muy joven, en Irlanda, mi madre me encontró en una librería de viejo un libro grueso, escrito para niños, llamado *History of English Literature*. Había sido publicado originalmente a finales del siglo XIX, cuando Irlanda aún formaba parte del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda. El largo primer capítulo muestra Londres buscando un pasado muy antiguo, del mismo modo en que lo hace Pekín. Este capítulo analiza una épica oral en lengua gaélica llamada *Book of the Dun (or Brown) Cow*, escrita en el siglo XI, cuando la lengua inglesa, tal como la conocemos hoy, aún no existía. Ya de adulto, encontré casualmente una edición posterior del mismo libro, publicada en la década de 1930. Entonces la mayor parte de Irlanda ya era independiente; así pues, no sorprende que el capítulo sobre la vaca parda (*Dun Cow*) hubiera desaparecido, como si no hubiera existido nunca.

BATALLA DE LAS LENGUAS

Permítanme que finalmente vuelva a otra forma de nacionalismo que, por lo que puedo decir, es claramente europeo de origen, y preguntar si se puede decir que todavía es occidental en algún sentido útil. Esta forma —yo la denomino *nacionalismo lingüístico*— comenzó a aparecer a principios del siglo XIX en los imperios dinásticos de Europa y tuvo sus orígenes filosóficos en las teorías de Herder y Rousseau. La creencia en la que se basa es que la verdadera nación se distinguía por su lengua y cultura literaria propias, que

juntas expresan el genio histórico de su pueblo. Como consecuencia, se puso mucho interés en la creación de diccionarios de muchas lenguas que hasta entonces no tenían: el checo, el húngaro, el ucraniano, el serbio, el polaco, el noruego, etc. Se pusieron por escrito las tradiciones literarias orales y se difundieron a través de ediciones impresas, a medida que se redujeron los niveles de analfabetismo populares. Estas producciones se utilizaron para luchar contra la dominación de los grandes idiomas de los imperios dinásticos, como el otomano, el alemán culto, el francés de París, el inglés culto y, finalmente, también el ruso moscovita. A veces estas campañas tuvieron éxito, y otras veces, no. En cualquier caso, el resultado era determinado por las circunstancias políticas de cada momento. Los éxitos son bastante conocidos, y no es necesario que los detallemos aquí. Los fracasos son menos conocidos y muy interesantes. Por ejemplo, en el siglo XIX, a través del control del sistema escolar y de la mayor parte de las publicaciones, París consiguió reducir los muchos idiomas hablados en Francia al estatus de dialectos o *patois*. Menos éxito tuvo Madrid en convertir los idiomas hablados en España (como el catalán y el gallego) en meros dialectos del castellano. Londres llegó casi a eliminar completamente el gaélico como lengua viva, pero hoy en día experimenta un renacimiento considerable.

Si miramos a Asia, encontramos una enorme variedad de intentos de nacionalismo lingüístico que son muy valiosos para un estudio comparativo. Su misma variedad determina la dificultad de defender como idea una sola forma de nacionalismo para Asia. Los gobernantes Meiji siguieron el ejemplo de París e impusieron el habla de Tokio en el resto del país y redujeron todas las otras formas al estatus marginal de dialectos —en una época en la que la lengua de Kyushu era ininteligible en Honshu, y aún más la lengua de los Ryukus—. Conocemos el proceso a través del cual el cantonés, el hokkien, el hakka y otros, que son claramente lenguas —tan poco parecidos entre sí como lo son el rumano, el italiano y el español—, fueron reducidos a dialectos bajo la nueva lengua nacional: el mandarín. En Tailandia, el tailandés de Bangkok pasó a dominar lo que denominaba los

dialectos del norte, del noreste y del sur del país, que la gente de Bangkok no entiende.

Dos casos destacables son los que nos ofrecen Vietnam e Indonesia. En el primer caso, los colonialistas franceses estaban decididos a romper la cultura de estilo chino del mandarinato, forzando la romanización de los vietnamitas en las escuelas y editoriales que promovió. En las décadas de 1920 y 1930, los nacionalistas vietnamitas aceptaron cada vez más esta revolución y la extendieron más allá, creando una base para una alfabetización masiva en lengua vietnamita; pero, al mismo tiempo, cortaron un contacto directo importante con la tradición literaria anterior basada en caracteres semejantes a los chinos de siglos anteriores. En las Indias Orientales Holandesas, el gobierno colonial, demasiado inseguro sobre el valor mundial del holandés y demasiado avaro para gastar el dinero necesario para extender la lengua holandesa por todo el archipiélago, apostó por una forma estandarizada de la antigua lengua franca de las islas, el malayo. Pero, a finales de la década de 1920, los nacionalistas indonesios habían decidido que esta lengua, que ahora pasaría a llamarse indonesio, era su auténtica lengua nacional. Después de esto, muchas grandes lenguas como el javanés, el sondanés, el madurés y el buginés se convirtieron en simples lenguas regionales, aunque la mayoría eran más antiguas que el malayo, y algunas tenían tradiciones literarias mucho más impresionantes que el malayo.

Tanto la India como Filipinas han fracasado —si esa es la palabra correcta— en crear una lengua nacional aceptada de forma general. La lengua colonial —inglés y americano— sigue siendo la lengua efectiva del Estado y de la élite nacional. En ambos lugares hay una cultura literaria fuerte en inglés, y se ha adaptado a las culturas hindú, bengalí, tamil, tagala y cebuana no menos fuertes. El antiguo Pakistán se partió en dos naciones separadas, en parte, por la supresión por parte de Karachi de la lengua bengalí, que entonces se convirtió en el motor de un nacionalismo lingüístico en Bangladesh que se parece mucho a los nacionalismos lingüísticos anteriores de Grecia, Noruega y la antigua Checoslovaquia. El Estado-

nación más nuevo de Asia, Timor Oriental, que, a pesar de su pequeña superficie, incluye más de veinte grupos etnolingüísticos, ha optado por el portugués como su lengua de Estado, y una simple lengua franca (teutón) como lengua de unidad nacional.

Resultaría muy difícil decir que el nacionalismo actual de la India es menos serio que el chino, el de Timor Oriental que el tailandés, el indonesio que el japonés o el taiwanés que el coreano. Si se pregunta por qué, especialmente hoy, resulta imposible explicarlo sin pensar en el papel de los medios de comunicación electrónicos, que para mucha gente ejercen una influencia aún mayor que la de la imprenta, la madre original del nacionalismo. La televisión hace posible la comunicación instantánea de las mismas imágenes y símbolos a través de lenguas y símbolos diferentes, incluso a aquellos que son casi analfabetos o muy jóvenes. Además, cada vez hay más gente que se acostumbra a utilizar, con diferentes niveles de competencia, diferentes lenguas en contextos diferentes, sin que ello les suponga cambiar su identificación nacional.

Se podría argumentar, como he hecho en otro contexto, que las comunicaciones electrónicas, combinadas con las enormes migraciones creadas por el sistema económico mundial actual, están creando una forma nueva y virulenta de nacionalismo, que yo llamo *nacionalismo a larga distancia*: un nacionalismo que ya no depende de la presencia territorial en el país de donde uno proviene. Algunos de los nacionalistas sijs más vehementes son australianos, algunos de los nacionalistas croatas son canadienses, nacionalistas argelinos franceses, y nacionalistas chinos americanos. Internet, la banca electrónica y los viajes internacionales baratos permiten a estas personas tener una gran influencia en su país de origen, aunque ya no tengan intención de vivir en él. Esta es una de las principales consecuencias irónicas de este proceso que conocemos popularmente como *globalización*; es una razón más para creer que cualquier distinción clara e inequívoca entre los nacionalismos asiático y europeo carece de validez.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Morris-Suzuki, T. (1998). *Re-Inventing Japan: Time, Space, Nation*, Nueva York: Armonk.